



DON SIMPLICIO.

Periódico Burlesco, Crítico y Filosófico, por unos Simples.

TERCERA EPOCA.

Este periódico se publica los MIERCOLES y SABADOS de cada semana: consta de un pliego. Si el número de suscritores lo permite, se darán cada mes dos litografías, ó dos grabados en madera.

NUMERO 2.

Los números sueltos valen un real, y la suscripcion es de 6 reales adelantados por 8 números para esta capital y 7 en los Departamentos. Las suscripciones se reciben en los mismos lugares de la Revista de México.

TOM. III.

MEXICO, JULIO 4 DE 1846.

MES I.

CORRESPONDENCIA PRIVADA DE D. SIMPLICIO.

Señores Redactores del Santo de mi nombre.

AMIGOS QUE ESTIMO:

Al cabo vdes. bien me decian, que yo he de ser algo, por mas que la envidia me deturpe. Para no divagarme, les comunicaré que me pretenden, ó cosa así, porque esas cartas que les remito no son para menos; yo no sé si hacerles á todos un desden que los deje boquiabiertos, ó si les doy un sí á cada uno. Yo tengo un corazon como un Omnibus, y una voluntad, que parece por lo elástica, conciencia palaciega.

Soy de vdes. mientras me doy al que me digan de mis pretendientes, y paso á mejor vida.—D. Simplicio.

REMITIDOS.—WASHINGTON, NOVIEMBRE 1.º DE 1845.

Ciudadano Simplicio: Tú ya sabes quién soy y de dónde te escribo, pero á este poblacho infando le he quitado el nombre servil que tenia, porque va á llegar una época de luz y libertad.

Parece que ahora sí se trata de que trabajemos por aquella, por la nuestra, y con solo los nuestros nada de medios colores ni de andarse por las ramas; *federacion sin cola*, y con esto y con la ayuda de nuestra indita la Madre Santísima de Guadalupe no le dejo hueso sano al chaqueta de la hacienda de H*** que solo quiere vender reses, como si fuera otro rey Fernando.

Palo! chico, palo con estos Picalugas que se andan con esas! Yo de la patria, como hombre que soy, como el mejor decente. Tengo ya una chaqueta con su vivito para mandar estos milicianos. ¡¡Uy que ojos me echara el cura! Como que esa cofradía del Santo Niño y demas amañamientos, entrarán en órden como la patria.

Los nuestros de por esas están como unas navajas; ahora sí me pagará D. Porfirio aquel pico; dice que va á ser diputado entrante, y yo que me muero por los entradores. Aliéntese Simplicio: *¿para cuándo se hicieron los patriotas sino para cuando hay patria de que cortar?...* Los señores de México dicen que dan garantías, y yo como fui del de las tres garantías, me planto de administrador de Aduana, que no tiene remedio, porque mientras no haya gente nueva, nos quedamos á buenas noches. Yo tengo mis apuros, es verdad; lo que es Dorotea me mata; pero en poniéndose pujantes nuestras bases, si me oye una misa ó se me confiesa, la repuldio, como ser federal, porque todo le viene de los chaquetas; y mira que estos del pueblo son una chispa.

Aquí yo los catequizo á todos, y traigo un mundo de proclamas y manifiestos; bien veo que nada dicen de ahorcar este alcalde primero, pero tú entra en ésta y así veras lo que es; yo luego que quieran, grito y armo mi gente: lo que les ruego es que no sea en domingo, porque entre su devocion, su caballo y su federa . . . á lo mejor escojen lo que mas les gusta; es decir, aquello . . .

Guerra con esos, Simplicio; tú no los conoces, son malos; á la mejor nos traen un príncipe extranjero: á los ingleses y los franceses, mal

mal, pero al fin los conocemos; pero si nos vuelven con lo de testas coronadas, no hay mas que decir con el gran Napoleon:

Federacion y tente tieso.

Este es mi sentir: yo te invito con lo que tengo; ademas, por mal que me vaya y sacrificándole todo á mi patria, reuno mis mil quinientos duros, entre lo que deje el cuerpo, las buscas de la prefectura y la comision de visitar ruinas, que me pinto para eso; y vivitas me traigo las culebras cuando voy á una cosa de esas.

Libertad y ley. Tuyo que te ama.—*Robespier Pantoja.*

Señor Don Simplicio.

MUY RESERVADA.

S. C.: México.—Muy señor mio y mi dueño: Tomo la pluma, porque no pudiendo ser insensible ni á la religion de mis padres que peligra, ni á la sangre de tantos inocentes, pronta á correr, es forzoso que los hombres de bien, pues, los que tenemos que perder y no lucrarnos con la patria, nos unamos. La impiedad hace progresos; esos hombres no quieren libertad sino libertinage, y sobre todo, la tolerancia de cultos, que sabe vd. que es parto de los mazonos hijos de Voltaire. ¡Quién no ha de estar por una libertad moderada? Un gobierno como el de hoy, de hombres decentes, porque no nos cansemos, hasta en el cielo hay gerarquías. ¡Sangre española tiene vd. en sus venas, y los reyes son dioses en la tierra! Estas ideas podrá vd. inculcar en su periódico. No estamos para reformas; no estamos maduros. Vea vd. que aquel gobierno español era muy sábio: ¡dónde vamos á dar sin aduanas y sin diezmos y conque cada cual se mande por su lado; vd. bien lo sabe, yo no me meto en las cosas públicas. Mi misa y mis costumbres añejas. Hago uno que otro servicio á un amigo, y aunque me llaman usurero, bien ve vd. que no paso de los dos reales en el peso, porque primero es la conciencia.

Mándeme vd. por acá á su sobrina: ¡se parece tanto á mi difunta esposa! . . . Si no fuera porque cada quien, debe tener su alma y su palma, le diría que ese jóven que la pretende es un impío de marca: solo piensa en novelas y cosas así, jóvenes del dia. Dios le abra los ojos para que sean felices.

Si vd. ha de escribir en el sentido que le digo, aviseme; solo se trata de que esos hombres no roben, no se despedacen. Tenga vd. presente que en todos los estados se sirve á Dios, y que estos hombres, con quienes estoy yo, son hombres de posibles, de honra, y no desconocen á sus amigos cuando ocupan los puestos á que los destina la Providencia.

Dios guarde á vd. muchos años: su afectísimo atento y seguro servidor que con todo respeto L. B. L. M.—*Canuto Modesto de Pisaquedito.*

VARIETADES.

LA RESURRECCION DE DON SIMPLICIO.

Queriendo hallar Don Simplicio
Las leyes de la razon
Y darlas á la nacion,
Estudiando, perdió el juicio.

Y no obstante el desconcierto
De sus ideas y acciones,
Hubo riñas y prisiones,
Y de susto cayó muerto.

Sus compañeros al punto
Corrimos por un cajon
A un cercano callejon,
Y cargamos al difunto.

Llevámoslo á su boardilla,
Tristan con el Nigromante
Iban detrás; por delante
Cantárida y Zancadilla.

Don Simplicio era casado
Con una jóven hermosa,
Y sobre todo, fogosa,
Y ya se ve, de ella amado.

No bien llegar á la puerta
Con el cádaver nos vió,
La triste al suelo cayó . . .
Pero no mas media muerta.

Y apenas Tristan la vé
En situacion tan amarga,
Que nos deja con la carga
Y á darle consuelos fué.

Sus largas pestañas mueve,
Sus lágrimas salir deja,
La infeliz gime, se queja,
Pálida y fria cual nieve.

Cogió de Tristan las manos
Se las llevó al corazon,
Y Tristan, ¡qué agitacion!
Nos dijo muy sério, hermanos.

“Zancadilla, el Nigromante
Y Cantárida, deseaban
Tambien pulsar, y clamaban:
Ya no hay quien al muerto aguante.

Mientras los criados disponen
Una mesa, la señora
En brazos de Tristan llora:
Todos á llorar se ponen.

Cuanto se hace en concurrencia,
Se hace con emulacion;
Así es que en esta ocasion
Gritamos á competencia.”

Y apenas fué colocado
El ataúd en la mesa,
Vimos, ¡Jesus! que sorpresa,
A Don Simplicio sentado.

Vió en torno, y dijo mohino:
¡Cuánto escándalo por cierto!
No lo hago yo, y soy el muerto.
¿En dónde está mi pollino?

NIGROMANTE.

PRIMER REBUZNO.

PORVENIR DEL EJERCITO.

(CONTINUA.)

Los gobiernos que se sucedieron, ineptos, apáticos é indolentes, dejaron vejetar en la molicie á nuestros regimientos en las ciudades, y condenándolos á la inaccion, los constituyeron en agentes de policia, y sin sentirlo, los fueron orillando á una posicion hostil hácia el pueblo.

El ejército, al consumarse la independencia, recibió en sus filas algunas personas sin mérito ni capacidad, por el ilimitado favor que dispensó á varios el generalísimo; y despues, por el escandaloso abuso de la junta de premios, y pocos hay que ignoren la vergonzosa especulacion que se hizo con una disposicion en que fué muy poco atendido el mérito. Con todo, la disciplina y la moral del ejército se conservaban con algun vigor; pero nacieron los partidos, y á aquel se le filió en

ellos prostituyéndole. Se sucedieron las revoluciones, se multiplicaron los motines, y aconteció lo que era natural, que el brillante ejército trigarante se destrozara con infatigable frenesí.

El ejército perdió su disciplina, su moral y la uniformidad de sentimientos, al mismo tiempo que los cívicos por su parte hacían odiosa su institución, que jamás ha sido comprendida en el país. Algunos frenéticos, sin antecedentes, ignorantes, y más que todo impolíticos, juraron la destrucción del ejército; pero la guerra justa ó injusta que se declaró á éste, contrastaba con la elevación, á la vez, de muchos oficiales cívicos ó permanentes.

El año de 1833 dejó un recuerdo amargo; el de 1834 fué aun más acerbo: desde entonces data un reinado horrible, el de la defección. Se puede decir que allí comenzó la lealtad militar á desaparecer, y no es extraño que así fuese, cuando personas que no tenían del soldado más que el uniforme, comenzaron á ejercer esa funesta influencia sobre el país y sobre los destinos del ejército que han terminado por infestar las filas de nuestros valientes.

Varios hechos y disposiciones han atacado á la parte benemérita del ejército y al colegio militar, infundiéndoles, además, el desaliento, pues se han infringido frecuentemente las leyes militares que evitaban las usurpaciones y las postergas. ¡Cuántas contradicciones, cuántas anomalías y cuántas injusticias no tuvo que sufrir el cuerpo del ejército del Norte, para el que los ascensos se economizaron, mientras que á los improvisados y los afortunados que vivían en las capitales se les ascendía extraordinariamente!

Todo esto debería producir, como produjo, la desmoralización completa de la institución; y no es esto lo más, sino que el honor de la república y sus destinos están comprometidos. Las escenas del otro lado del Bravo, confirmadas en cartas de los mismos jefes y oficiales del ejército, la retirada de Matamoros, y los funestos anuncios que circulan acerca de la invasión de los norte-americanos, han quitado una ilusión á México respecto de sus militares; y el desprestigio consiguiente á esa ilusión desvanecida, es de inmensas consecuencias. La nación se halla hoy colocada en una actitud de juzgar con severidad; y las comparaciones y las observaciones que hace cada ciudadano, respecto del ejército, son muy terribles: su raciocinio está fundado en los hechos, en las comparaciones, y no en abstracciones; y por esto es que ha llegado el momento para la república de exigir de sus militares todos los sacrificios que han hecho en otros pueblos. El mexicano tiene muy bien presente que la mayor parte de sus rentas se han empleado en el ejército: que la inmensa deuda extranjera que soporta, se ha contraído ó no se ha cubierto, por el ejército: que las grandes contribuciones que se le han impuesto y que ha pagado, han sido para que ese ejército marche á combatir y á recobrar el territorio nacional.

Deberemos decir sin embozo lo que la nación siente en la actualidad. Cuando el ejército de hoy no es el de 1821, cuando no disfruta de las simpatías de éste, y cuando no ha correspondido á las esperanzas que de él se concibieron, necesita de revestirse con toda la energía posible, para que inspirado de una abnegación absoluta de sí mismo, y de heroísmo, borre la reciente impresión que han causado los últimos sucesos, cuya explicación no es satisfactoria por esa oficialidad que no ha sabido desplegar una obstinación y una constancia dignas de los que defienden el suelo sagrado de la patria.

La presente lucha con los Estados-Unidos ha colocado al ejército en la fuerte alternativa de vencer ó morir; y aunque la nación mexicana tiene el deber de sacrificarse igualmente, para aquel el compromiso es mayor. Las circunstancias son más difíciles de lo que pudiera creerse, pues el ejército debe entender que en la cuestión no cabe transacción alguna. Si la llegara á haber, ¡qué degradante no sería su existencia! Por otra parte, ¡qué títulos honrosos podría exhibir á su favor para que la república le dispensase las atenciones que requiere esa misma existencia? ¡Con qué derecho podría exigir las si no había cumplido con su misión? Hay que considerar, además; que extendidos los Estados-Unidos en la inmensa línea que pretenden, las rentas de la república terminarían, porque el contrabando será ilimitado; y no habiendo rentas, ¿cómo se atenderá á la subsistencia de ese ejér-

cito? Así es que la estabilidad de éste se hallaría en una continua contradicción.

Todo esto obliga al ejército á consolidar su estabilidad formando un pacto eterno con el heroísmo. Hasta aquí había podido permanecer, desconcepcionándose en las guerras fratricidas, diezmando sin un aplauso, y cooperando á las desavenencias intestinas; pero ahora en la Frontera y en una guerra nacional, tiene que permanecer á pié firme y sin fijar su atención en el interior.

¡Mengua y oprobio caerán sobre los que distraigan sus miradas del verdadero campo de la gloria!

El estado de desunión, la falta de espíritu público, y el abatimiento en que se halla México, hacían necesaria una guerra nacional como la que se ha iniciado. Un peligro común, seguido de grandes desastres, nivela á todos, y solo las reputaciones consolidadas por el valor y la disciplina, adquieren el prestigio del verdadero mérito. La situación es comprometida, pero no para el patriotismo, porque éste se acrisola, y así es que se eleva, cuanto mayores son los sacrificios que tienen que hacerse.

[Concluirá.]

COLECCION DE TIPOS ORIGINALES.

DON MODESTO TEN-CON-TEN.

Ahí va : . . . ¡miradlo! ¡Es posible que no lo conocieran, queridos lectores! ¡Qué, por su andar cauto y modesto, por su mirada humilde y su voz ténue, por su desvío del bullicio, os pareció á primera vista más un beato que un político, y mejor cristiano penitente, que revolucionario equilibrista? ¡Cuánto os engañáis!

En las épocas más revueltas, cuando los ánimos están encendidos, cuando este tremendo juego de azar, que llamamos revolución, afecta á todos, y de todos revela las aspiraciones, D. Modesto se pasea entre los bandos opuestos, con su sonrisa apacible y su mirada lánguida; parece su semblante una ecshortación perpetua de paz, que el vencedor interpreta como simpatía, y el vencedor como regocijo de su triunfo.

D. Modesto camina solo, cabizbajo, taciturno: si le preguntáis qué sabe de noticias, y si el poder supremo campea sin rivales, responderá con un monosílabo ó con una sonrisa. Estalla un movimiento reaccionario, D. Modesto inspecciona el campo; con una sutileza sorprendente sondea el espíritu público: conoce la lucha indecisa, y entonces su actividad jesuita se despliega, sus resortes secretos cobran acción, y su facultad equilibrista adquiere una discreción, una sutileza, una ingeniosidad sorprendente.

Ya detrás de uno de los pilares de palacio, disimulado, acecha un reaccionario, y deja caer en su oído tal noticia favorable; ya se desliza, pisando apenas en un corrillo, é inquiera una noticia; ya con un signo afirmativo de cabeza aprueba la conducta del ministerial, y sonríe al propio tiempo al opositor.

Ya sagaz procura una entrevista á una hora desusada con un prócer, y le impone de los peligros que corre, mientras prepara, por medio de un anónimo discreto, la fuga del contrario amagado.

¡Hubo víctimas! ¡Bien! D. Modesto visita al preso, lo mima, va á su casa, acaricia á los niños del héroe presunto, le consuela y le lleva noticias misteriosas, en que aparecen con esplendor sus sacrificios; mientras en un corrillo gobiernista ha dicho que nos debemos reunir en torno del jefe del Estado; que es infame distraer su atención; que son traidores los que pretenden un cambio.

A esta nueva, el ministro despacha solícito la instancia de aquella columna del Estado, que entre los presos dice, que el gobierno es inicuo, y que la primera necesidad nacional es derribarlo.

Al escritor del Periódico Oficial le sugiere ideas para aniquilar á los revoltosos; dáles apuntes al mismo tiempo á los opositores sobre tal arbitrariedad, ó tal dislate; y cuando de lejos perciben los bandos beligerantes á D. Modesto, esclaman ambos en secreto, y con íntima satisfacción: *¡Aquél es de los míos.*

Acércase mi héroe á la reunión de Tirios y Troyanos; entonces perfectamente impasible, dirá que no piensa en nada, que cuitas de familia lo agobian; que los indios bárbaros le robaron tal cosa; que los ladrones estrangulaban á un criado suyo: vendrá con jaqueca, ó le apretará una bota; relatará las enfermedades de sus hijos, ó el aborto de su esposa querida.

Consumase la reacción: D. Modesto no aparece entre la turba triunfal y aduladora, que sacará por todo premio una banderita del refresco, ó un abrazo del jefe del Estado: nada, D. Modesto permanecerá en su casa, de barba larga y capa, con todas las simpatías del partido caído.

A pocos días, una parienta del ministro entrante, hablará de él y de lo que sufrió con el pasado gobierno; una noche, á deshora, se escurra D. Modesto, únicamente á saludar al ministro y á advertirle que

tiene enemigos, y que ellos van á publicar un periódico, titulado, *El Diablo Verde*: aquel favor, y los recuerdos de jefe, le proporcionan una gefatura en una oficina, que él admite con repugnancia, poniendo un oficio desdenoso y tremendo de admision, y llevando á su próle á dar las gracias porque la ha salvado de la miseria.

Don Modesto va á un mongio en la mañana con los moderados, y deja una tarjeta en la casa de un monarquista, cuyo cumple-años se celebra; visita en la tarde al diciembrista enfermo, y en la noche lleva á su familia á un baile de compadres, que dá un federal.

Van y vienen revoluciones: á los próceres aconseja D. Modesto medidas enérgicas, á los revolucionarios, cautela y mala intencion.

Así caminando, despabilará una capellanía en el ministerio del interior, un grado mas en el de guerra para un sobrino, el pago de una señorita (muy bonita la pobre) en el de hacienda, y su influjo será proverbial entre moros y cristianos.

De este modo, obrando así, lo han respetado las revoluciones, como las olas á la roca; así forman todos los partidos el panegirico de su talento, diciendo á porfia. ¿De quién se habla?

—Del Sr. D. Modesto *Ten-con-ten*.

—¡Oh amigos! ese es de los nuestros.—D. Simplicio.

SOBERANO CONGRESO NACIONAL.

Un congreso se ocupa de constituir á la nacion, y aunque el local en que tiene sus sesiones está hecho del modo mas á propósito para que no oigan nada los de las galerías, ni los mismos diputados; y los oradores bajan de intento la voz, para cuando se les convezna de un disparate, salir con que no se les ha oido; y aunque el padre *Goriot* abandona por la Siria las mas interesantes discusiones sobre la suerte de México, D. Simplicio se ha propuesto desempeñar, como pueda, el oficio de taquígrafo, para que el público sepa lo que piensan nuestras notabilidades parlamentarias en los asuntos interesantes que se agitan hoy en el templo de las leyes. Ademas, trataremos de pintar á cada individuo del congreso con el aspecto y circunstancias con que él mismo se presente en la tribuna. Mostraremos en primer lugar á los secretarios, que, decidiendo si está bien ó mal dado un trámite, y despojando al presidente de todas sus atribuciones, excepto el uso de la campanilla. A su lado pondremos á un eclesiástico que se fatiga tanto si quiere llevar una votacion, y por lo mismo descansa cuando los demas de la mesa trabajan agobiados. Daremos á conocer al Sr. Bonilla, que pretendió últimamente que la declaracion de guerra á los Estados-Unidos fuera acompañada de un mapa y de todos los documentos que prueban nuestra propiedad de Tejas, porque los geógrafos de Europa creen que el rio Bravo corre por Californias y desemboca en Socunuxco, atravesando el Cenegal. No olvidaremos á algunos militares, que se pueden llamar por antonomasia, ó por lo que se quiera, los asistentes de la cámara. Pondremos á otro orador improvisando, tal es su facundia, por partida triple sus discursos. A otros, cargados de sutilezas teológicas; y al Sr. Alaman, proponiendo á la convencion francesa por modelo, apoyando nuestras libertades, y comparando á la España de 1808 con México de 1846, tendrán el lugar que les corresponde. Verán los curiosos á muchos representantes tan tornasolados en sus discursos, como aparecen cuando reciben en sus asientos el sol que pasa por las vidrieras de varios colores. Lo que divertirá sobre manera, será ver á los oradores noveles disputarse la palabra, cuando los maestros, fatigados á las cinco de la tarde, se han retirado á la sala de descanso. Esa es la hora del toro embolado. Y porque nada falte, bosquejaremos á ese guerrero que abre y cierra puertas, sacude sillas, estiende la alfombra y trae y lleva recados, con perdon de vdes., el portero: pero tambien haremos observar, que es de los pocos de nuestros militares que están en su puesto. Por hoy lo único que añadiremos es, que de ese congreso, los mas liberales, son hijos de la célebre constitucion de 1836.—*El Nigromante*.

DON SIMPLICIO.

México, Julio 4 de 1846.

DEFENSA NACIONAL.

Cuando la Francia se vió amenazada por la Europa coligada, las poblaciones en masa y su ardiente juventud se lanzaron á la frontera; cuando la España fué invadida por las legiones del gran Napoleon, sus habitantes todos, y hasta sus sacerdotes, unieron sus esfuerzos para luchar con aquel gigante; cuando la Alemania pretendió romper el yugo que le habia puesto ese mismo hombre, convocó á todas sus clases,

y aun los estudiantes abandonaron las Universidades para filiarse en los regimientos; y cuando otros pueblos se han hallado en igualdad de circunstancias, sin distincion, todos han tomado el fusil para la defensa de la patria. Solo al mexicano se le rehusa el honor de combatir por sus hogares, por sus propiedades, por sus esposas y por sus hijos. Esa asombrosa resistencia de los que hoy se encuentran ejerciendo las augustas funciones de legisladores, nos hiela el corazon y nos deseca el alma. ¿Por qué el destino nos ha reservado vivir en esta época luctuosa de envilecimiento y de inaccion? ¿Por qué hemos sido condenados á presenciar esta esterilidad de patriotismo? ¿Por qué Dios no prolongó la existencia de Prisciliano Sanchez, Ramos Arizpe y Llaca en la tribuna nacional, y á Epitacio Sanchez, Teran, é Iturbide en el campo de batalla?

¿Podrá creer la posteridad, que cuando hemos sufrido reveses, cuando el ejército del Norte retrocede, cuando el enemigo invade el centro del pais y amenaza las costas, cuando dicta leyes para lanzarnos 40 mil hombres, y decreta auxilios estraordinarios de numerario, la gran junta rehusa armarnos?

Muy estraña es esa resistencia á conceder al pueblo que se arme para que se defienda, cuando otro pueblo fuerte y poderoso tiene levantado sobre el mexicano el brazo armado; pero lo que es mas que estraño y verdaderamente escandaloso es, que personas que figuraron en la administracion del 6 de Diciembre de 44, tanto en el gabinete como en las cámaras, y en otra posicion, son del número de los que se oponen á que el pueblo ejerza un acto de derecho natural. ¡Pero este es nuestro pais y estos nuestros hombres! y lo peor es, que luego á estos hombres versátiles é inconsecuentes, se les llama liberales. ¡Cuánto valdria que siempre y en Diciembre de 44, hubiesen aparecido tales como son; pero como quiera que sea, los Sres. Alvarez, Godoy y Zincúngui son dignos de la gratitud del pueblo!

MONTEREY.

Un amigo ncs ha favorecido con el siguiente extracto del núm. 2 del periódico titulado: *República de Rio-Grande*, tomado de una carta de Monterey.

“Los asuntos mercantiles los ocupan preferentemente, prometiendo á los habitantes de Matamoros los rios de leche y miel de la fábula: impugna los aranceles mexicanos con mucho calor, y hacen su panegirico, diciendo: que pronto tendrán los de las villas del Norte donde vender bien sus caballos y ganado.

“Del general Ampudia se espresa en los términos mas insultantes y calumniosos, desfigurando la batalla de Mier, donde este general hizo morder la tierra á esos yankees, hoy tan altaneros con su triunfo.

“Del Sr. general Vega hacen un entusiasta elogio: dicen que lo hicieron prisionero en el momento, en que abandonado de los suyos, iba á dar por su mano fuego á un cañon. Allí entre las cureñas lo sorprendieron los enemigos, y siguió defendiéndose con un denuedo sorprendente, hasta que Mr. May lo vió y lo salvó.”

SAN LUIS POTOSI.

El gobernador de aquel Departamento ha promulgado un decreto de la asamblea departamental para levantar cuerpos de defensores de la patria. ¡Nuestra digna asamblea departamental va á seguir este ejemplo! ¿A que sí? ¿A que no?

CHIHUAHUA.

En la capital de este Departamento se ha instalado una junta, que preside el Sr. D. Angel Trias, que organice un plan de defensa contra los invasores de los Estados-Unidos.

VERACRUZ.

Habia á la vista, el 29, seis embarcaciones enemigas: los amagos de invasion eran cada vez mas alarmantes, haciendo fuertes estragos la disenteria y las fiebres.

CONGRESO.

Han sido nombrados en la cámara, para componer el jurado, los Sres. Gorospe, Barrio, Gordo, y secretario Sr. Jimenez: ayer despues de un largo debate, les pasaron las causas de los presos de estado.

FELICITACION A LOS EMPLEADOS.

“El artículo 1.º de la ley en que se faculta al gobierno para proporcionarse recursos, le impide que ocupe las propiedades de las personas y corporaciones; es así que el sueldo de los empleados es una propiedad, luego no se seguirá atacando por el Sr. Iturbide! ¡Pero esta parecerá una lógica muy simpliciana!

MEXICO: 1846.

Imprenta de la Sociedad Literaria, á cargo de D. Revilla,
Calle de Sta. Clara núm. 23.